

JOSEP MARIA ESQUIROL, *La escuela del alma. De la forma de educar a la manera de vivir*, Acantilado, Barcelona, 2024, 192 pp., ISBN: 978-84-1903-690-2.

En *La escuela del alma*, palabras como espera, permanencia y resistencia se repiten de manera constante. Cerca del final del libro, la idea de que el estudiante ha de querer quedarse en la escuela aparece e indirectamente pregunta al lector si ha quedado persuadido, si se ha visto reconocido en el estudiante convencido, que volverá el curso siguiente a las aulas. Esta reseña, así como cualquier otra, es también una forma de permanencia, de responder a un ensayo que, aun siendo, como toda lectura, un paréntesis, recuerda al lector la existencia de un mundo al que ha de aprender a mirar y habitar. En una época en que, como subraya el autor, las personas se encuentran desorientadas, inmersas en un flujo de información constante y en un sistema que demanda eficiencia y constante avance, la aparición de un libro como *La escuela del alma* es necesaria. Sin duda, es diferente a lo que acostumbramos a ver hoy en las librerías porque no es un ensayo que, adoptando una perspectiva filosófica, aborde un problema de la sociedad contemporánea o recopile las tesis de autores pasados. Nos encontramos ante un libro que, sin grandes postulados o aportaciones novedosas, es original en el sentido más puro de la palabra. Original porque, diciéndolo con Platón, lleva a la *anámnesis*: uno siente que, conforme pasa de un capítulo a otro, aprende, pero este aprendizaje va acompañado de cierta familiaridad, como si en vez de introducir nuevas ideas se recordaran viejas lecciones en las que, aun habiendo estado siempre, no hubiésemos reparado. No siempre el gesto filosófico se verá reflejado en complejas abstracciones; en ocasiones, éste habrá de ser más sencillo. No olvidemos que la filosofía, como decía Pierre Hadot, es una forma de vivir y que, como intuimos en el subtítulo del volumen que reseñamos, nuestra forma de educarnos será lo que determine la manera en que vivimos. Quizá esto último sea lo que haga difícil hablar de *La escuela del alma* como obra: aborda todo y a la vez nada, sin contar que gran parte de su contenido no se encuentre probablemente en el texto. En palabras del autor, el maestro ha de “llevar al alumno hacia la proximidad de lo visible, para después, dirigirse un poco hacia lo invisible que está detrás”. Este juego entre lo visible y lo invisible, entre las cosas mismas y la búsqueda de sentido, se mantendrá a lo largo del volumen y se extenderá a la experiencia del lector. A diferencia de lo que sucede cuando uno lee manuales u otro género dogmático de escritura, las enseñanzas más valiosas que el lector obtiene de *La escuela del alma* se encuentran ya en sí mismo.

Es difícil escribir sobre un libro tan particular y universal al mismo tiempo. Particular por su estilo, por la forma en que utiliza las palabras y juega con ellas. Universal por su temática, que es, por paradójico que suene, tremendamente íntima, a la vez que común entre aquellos que se han preguntado alguna vez qué significa estar vivo, aquí y ahora. Solo hace falta prestar atención a su título: *La escuela del alma. De la forma de educar a la manera de vivir*. Fijémonos en que ya partimos de la idea de que es necesario educarse para vivir, de que no nacemos sabiendo cómo hacerlo y de que ese aprendizaje, aun siendo un proceso personal, ha de hacerse en compañía del otro. Se aprende siempre con ayuda de un maestro, que es, en última instancia, un

compañero más del aula. Se vive siempre acompañado; la soledad es una alucinación. El camino, imagen que empleará el autor en repetidas ocasiones, no puede evitar entrecruzarse con el de otros y, por esta razón, la fundación de una escuela aislada en la que reclirse para contemplar el mundo indefinidamente es un error. Una contemplación que no lleve a la práctica es incomprensible, pues, precisamente, la contemplación es antes que nada un reconocimiento de que existe algo ahí fuera de lo que hemos de hacernos cargo. No hemos de olvidar lo que verdaderamente significa contemplar y recogerse en uno mismo, pues, como advierte el autor, el uso de palabras como alma o espíritu no debería reservarse a las religiones orientales ni a un tipo de filosofía puramente contemplativa. Incluso podría decirse que el que las hayamos abandonado es un síntoma más de la falta de base, de madurez, que el autor percibe en la sociedad actual. Y esta falta resulta en la confusión general, contra la que solo nos queda repetir lo esencial, volver a lo fundamental, para que así las cosas sean lo que realmente son: “la prioridad, hoy, no está en introducir a los alumnos prematuramente en la complejidad, sino en acercarlos a lo fundamental y también a lo simple”.

Podríamos entender este ensayo como una respuesta a la confusión, como una invitación a preguntarnos a nosotros mismos si estamos respondiendo como realmente queremos a lo que nos sucede: quien se dedica a la introspección o se mimetiza con el sistema se mantiene en silencio. El autor define al humano como un ser “traspasado por cuatro infinitudes: la vida misma, la muerte, el tú y el mundo”, a las que responde viviendo de esta u otra manera. Por lo que, siendo la vida humana una respuesta interminable, no conviene que entendamos la felicidad como estadio, sino, en todo caso, como un saber caminar. Así pues, la escuela del alma sería, en esencia, una escuela de vida, un lugar en el que aprender a responder y a no dejar que la indiferencia, y con ella el mal, dominen nuestros días. Podría parecer una utopía, pero, como afirma el autor, “hay utopías que son de este mundo” y la escuela del alma es una de ellas: no siempre recibirá el nombre de escuela ni la encontraremos junto a maestros de profesión, pero no dudemos de la existencia de lugares en los que se dé “una resistencia fecunda frente a lo que domina”. No permanecer indiferentes significa aprender a contemplar, a prestar atención y a entrenar la mirada para que nada nos deje indiferentes. Esta es la tarea del maestro; enseñar, señalar la existencia de las cosas, a la vez que educar, acompañar al alumno en su propio camino hacia las cosas mismas. No olvidemos lo asombroso de la educación: el alumno ha de educarse a sí mismo, aun sabiendo que cuidar y cultivarse son acciones de agradecimiento hacia el otro. Como dice el autor, “la finalidad de la formación personal es la generación del reflexivo, la maduración de un sí mismo generador y generoso”. Pero solo puede ser generoso quien se ha dejado educar. Solo puede hacer un bien genuino quien lo hace porque otro lo hizo y no para que otro lo haga. En última instancia, la educación es una cuestión de amor al otro y tal vez éste es el motivo por el que el autor quiso que la escuela del alma fuese también la orden filosófica del amor.

Como clave interpretativa, la proximidad ordena los capítulos del volumen, expresando cada uno un aspecto diferente del concepto: el umbral de la escuela, el maestro que allí nos espera, la necesidad de desafiar un falso destino, el conocimiento de las buenas y bellas formas, la convivencia con el otro, las maneras en que respondemos a la revelación del mundo... En conjunto, pensar sobre estos temas nos dará una oportunidad de “mantener el máximo de claridad y encontrar el sentido a esto que nos pasa y nos traspasa”, de evitar cualquier tipo de cierre en nuestra existencia. Y por oscuridad, por cierre, podemos entender un dogma religioso, el totalitarismo político o toda idea de progreso que ya no se cuestione a sí misma. Estos,

a los que se suman otros fenómenos como el escepticismo o el realismo, son el tipo de sinsentido contra los que la escuela del alma puede formar. No solo podemos, sino que debemos conservar la esperanza, porque ésta no deja de ser otro tipo de cierre, puesto que “sin confiar en nada, nada se puede enseñar en serio”. Ahora bien, el tipo de formación que ofrece la escuela del alma tiene poco que ver con la que encontramos en una institución educativa regular: la escuela del alma está al servicio de la sociedad, como toda institución, pero está convencida de que estar al servicio no significa adaptarse, someterse a una sociedad que quizá deseemos cambiar.

En el origen de nuestra palabra “escuela”, no dejará de encontrarse *skholé*, el ocio o tiempo libre de los griegos. Y es importante repetir una y otra vez este detalle, pues la existencia de una escuela presupone la posesión de tiempo libre y, si tenemos tiempo, entonces podemos establecer un buen ritmo, una vida en la que podamos parar y ser libres, pues la libertad no deja de ser un constante decantarse por esto o lo otro. Esta pausa en la que ser libres es, precisamente, lo que debería producirse en un aula. En palabras del autor, “el aula pide *epojé*”, pide que se produzca un descentramiento en el que lo importante sea el mundo por sí mismo, no el rendimiento ni las ideas con las que llegaba el alumno a la escuela. En este sentido, el alumno debe abstraerse, vaciarse una vez se sienta en el pupitre. No se trata de que el maestro averigüe “cuáles son los intereses de los alumnos, se trata de contagiarles el interés”, por lo que difícilmente un maestro poco apasionado podrá persuadir a sus alumnos. En la escuela se dispone de tiempo, por lo que el alumno podrá aprender a observar, que no es más que aprender a esperar y ser paciente; de no ser así, ¿qué tipo de mundo podrá generar cuando llegue su momento? El alumno que corre, que se ha dejado deformar por la propaganda y el incesante flujo de información al que estamos expuestos, será el mismo que no se ha dado tiempo para madurar, es decir, para dar frutos. No darse tiempo es condenarse a la asimilación, al tipo de repetición que carece de valor. Contra los algoritmos, que difícilmente podríamos considerar tierra firme, el autor recuerda la existencia de las buenas y bellas formas: la palabra, la lógica abstracta, el trazo, el gesto y la música. Y su apreciación, junto a la idea de que la educación del espíritu crítico siempre empieza por cuestionarse a uno mismo, sería una buena manera de empezar a educarnos a nosotros mismos y comprobar si nuestras respuestas a las revelaciones del mundo y de la vida se asemejan a las que el autor propone en el volumen. Sin embargo, lo más importante siempre será recordar que si hemos de educarnos, de cuidarnos y cultivarnos es porque tanto la vida como el pensar piden sentido y, desafortunadamente, el sentido es algo que fácilmente podemos perder.

***Eric Jiayu Martos***